
LA BANDERA RADICAL

REVISTA DE INTERESES GENERALES

CARLOS MARIA RAMIREZ

DIRECTOR

SUMARIO DEL N.º 21

LAS TITULADAS COLONIAS ESTRANJERAS — CAUSAS DE SU EXISTENCIA Y MEDIOS DE NACIONALIZARLAS:
 Primer artículo — LO QUE DIBA LA HISTORIA, por Emilio Romero — LA PAZ DE LOS INTERESES
 PERSONALES Y LA PAZ DE LOS INTERESES PÚBLICOS — LA PEREGRINACION DE CHILD-HAROLD:
 Ensayo de una traduccion de Byron por José Pedro Varela — (Conclusion.) — LOS PAL-
 MARES: Novela original por Carlos Maria Ramirez (continuacion) — LA SEMANA POLITICA: —
Manifestacion del Mártes — *Nob'es palabras del General Osorio* — *Estado de las nego-*
ciaciones de paz — *L s Comisionados del Gobierno* — *El Dr. Ellauri, El Senador Go-*
menzoro, D. Juan Miguel Martinez — *Inevitable fracaso de la mision Osorio* — *Lo que*
vendrá despues — GOTAS DE TINTA.

Las tituladas colonias estrangeras — causas de su existencia y medios de nacionalizarlas

PRIMER ARTÍCULO

Durante los tres años en que nos ofreció la prensa diaria un puesto, recordamos con placer haber consagrado nuestra inteligencia y nuestro tiempo á la dilucidacion poco halagüeña de las cuestiones jurídicas sobre inmunidades diplomáticas, estension del derecho de asilo, justicia y oportunidad de las reclamaciones estrangeras, y otras muchas entre las mas graves que encierra la jurisprudencia de las naciones modernas.

Lo que nos incitaba á ocuparnos de esas materias enfadosas, no eran por cierto las inclinaciones de un espíritu legista, por el cual, lejos de encontrarnos dominados, hemos sentido siempre una repulsion instintiva.

No son las confusas leyes escritas por los hombres ó por las naciones en sus códigos y estatutos variables, sino la ley sencilla, gravada por el Ordenador del mundo en la esencial naturaleza de las relaciones humanas, el gran objeto de estudio que siempre se ha presentado con encanto á nuestros ojos; y por eso sin duda, hacíamos un verdadero sacrificio intelectual cuando descendíamos á recorrer el dédalo de prescripciones

y contradicciones en que se muestra envuelto el derecho internacional positivo y consuetudinario.

Altos principios y no menos altos sentimientos nos imponían ese sacrificio ligero, que reproduciremos siempre que nos sea posible hacerlo con provecho para la resolución de las cuestiones suscitadas. Es el principio, el sentimiento de la soberanía y de la existencia nacional, lo que nos inducían á descubrir una suprema importancia en la fijación del justo límite en que la jurisdicción del país únicamente debe ceder sus fueros á los respetos y derechos de una potencia extranjera. El eminente Vico nos habla del *pudor civil*; un publicista oriental ha desarrollado esa expresión, diciéndonos, *pudor republicano*; para nosotros, antes que el pudor civil y que el pudor republicano, está el *pudor patriótico*.

Los pueblos nuevos y débiles de la América del Sur se han encontrado en una situación excepcional respecto de las poderosas naciones que en el viejo mundo existen; necesitando población y capital para complementar el desarrollo eficiente de sus leyes y alcanzar la completa posesión de sus destinos, han debido mantener con los Estados europeos generosas y cordiales relaciones que pudiesen reportarle la conquista de aquellos imprescindibles instrumentos de organización y de progreso; pero al determinar ese contacto consecutivo é inmediato, al producir tan vasto incremento en la solidaridad natural de las naciones, se han creado una situación peligrosísima.

Han aparecido como serviles tributarios de otros pueblos; han recogido en su seno toda clase de elementos heterogéneos y bastardos; han presentado un cuerpo sin unidad ni fuerza propia á las pretensiones abusivas de las grandes potencias con las cuales se han colocado inevitablemente en estrechísima alianza de intereses y destinos.

De aquí ha resultado esa jurisprudencia especialísima que la Europa ha tratado de imponer á la América, equiparándola en sus relaciones internacionales con los pueblos semi-salvajes de Levante; esa jurisprudencia especialísima que tantas contribuciones ha costado á la honra y á la bolsa de todos los pueblos sud-americanos, y muy particularmente de las dos Repúblicas del Plata.

Cierto es, como lo observa el General Mitre en un artículo reciente, que las exigencias abusivas han encontrado siempre por delante la discusión y la protesta, de manera que los principios se han salvado en el

terreno de la razón y del derecho, y la América puede recoger como triunfo de sus doctrinas propias, en una parte culminante, la declaración que la Inglaterra ha consignado con motivo de los perjuicios sufridos por los súbditos británicos en el curso de la guerra franco-alemana. (1)

Sin embargo, la gran cuestión nacional no está salvada con el reconocimiento franco y leal de los preceptos que deben servir de base al

(1) He aquí esa declaración, tal como la refiere el Ministro de la República Argentina en Francia:

DOCUMENTO IMPORTANTE

Legación Argentina.

Londres 6 de Abril de 1871

Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina Dr. D. Carlos Tejedor.

Sr. Ministro:

El Gobierno de S. M. B. ha presentado al Parlamento una serie de documentos, relativos á reclamaciones de súbditos británicos establecidos en Francia, por perjuicios ó pérdidas que han sufrido durante la invasión de aquel territorio por los ejércitos alemanes; y al remitir dichos documentos en esta ocasión á V. E., creo de mi deber, llamar su alta atención sobre la declaración terminante y categórica que ha hecho lord Granville, apoyado en la opinión de los juriscultores de la corona, á saber: que los súbditos británicos establecidos ó afincados en Francia, y por consiguiente en cualquier otro país extranjero, no tienen derecho á ninguna protección especial para su propiedad, ni á ninguna excepción particular de las contribuciones militares, á las que están sujetos en comun con los habitantes del lugar donde residen, ó donde se halla situada su propiedad, por lo tanto que los residentes británicos en Francia, cuyos bienes han sufrido ó sido destruidos, durante la guerra, no deben esperar ser indemnizados, por su calidad de súbditos británicos, de las pérdidas, que las necesidades de la guerra les ha ocasionado en comun con los súbditos franceses; que, el mero hecho de haberse establecido en Francia con su familia, afincándose ahí é incorporándose así al territorio de aquel país, hace inevitable que la familia y los bienes de súbditos británicos se hallen espuestos como los demás ciudadanos franceses, á los males de la guerra, y, que en la opinión de los consejeros legales de la corona, los súbditos británicos residentes en Francia, no tienen justo motivo de queja contra las autoridades francesas, cuando sus propiedades han sido destruidas por los ejércitos invasores.

Queda pues, claramente reconocido por el Gobierno de S. M. B., que en caso de guerra extranjera, el Gobierno del país, en cuyo territorio tienen lugar las hostilidades, no es responsable á los neutrales establecidos en él, del perjuicio que causa á sus intereses ó propiedades, el ejército invasor; pero, no tardarán

derecho universal de las naciones. Resolver una faz de la cuestion no es resolverla toda entera.

Los abusos diplomáticos son simples efectos exteriores de una poderosa causa interna, que ha de tender constantemente á producirlos, bajo las formas con que se han presentado hasta hoy, ó con otras formas nuevas que en nada habrán cambiado la naturaleza íntima del mal.

Digamos la verdad, como la verdad debe decirse siempre. El menoscabo de nuestra soberania, solo de rechazo nos viene desde el exterior; el enemigo primordial se encuentra entre nosotros mismos.

Si los agentes diplomáticos tan á menudo quieren estralimitar sus funciones, es porque para ello son premiosamente solicitados por sus súbditos; si tan á menudo quieren ejercer en nuestro territorio las atribuciones de un verdadero gobierno, es porque en nuestro territorio existen sus respectivas *colonias*, con espíritu exclusivo, con intereses propios, con existencia independiente, reclamando la intervencion constante de una autoridad que represente y satisfaga sus peculiares necesidades colectivas.

Tales son los hechos patentes é innegables, como que hasta nuestros mismos gobiernos se han encargado de reconocerlos oficialmente.

El inequívoco nombre de *colonia*, que de algun tiempo á esta parte habia empezado á darse cada grupo nacional de residentes extranjeros, ha figurado en notas oficiales del actual Ministro de Relaciones Esterio-

en surgir nuevas reclamaciones de súbditos británicos por mayores daños y perjuicios, que les ocasionará la terrible guerra civil que hoy reina en la desgraciada Francia, y la opinion de los consejeros legales de S. M. dejando bien aclarado y definido ese derecho, de mayor importancia será todavía ese precedente para nuestros países donde las reclamaciones de súbditos extranjeros han sido tan frecuentes, y dado lugar á pretensiones tan exajeradas, en las épocas tan desgraciadas de nuestras luchas intestinas.

Si se publicaran algunos nuevos documentos sobre esta importante cuestion, cuidaré de remitirlos á V. E. oportunamente.

Aprovecho esta ocasion para renovar á V. E. las seguridades de mi alta y distinguida consideracion.

M. BALCARCE.

Buenos Aires, Mayo 30 de 1871.

Acútese recibo y publíquese

C. TEJEDOR

res, á quien se reconoce generalmente una notable competencia de estadista.

Dentro de nuestra casa, hay una colonia italiana, una colonia española, una colonia francesa, una colonia alemana, una colonia brasilera, una colonia británica, y muchas otras mas . . . ¿La soberania oriental, en dónde queda?

No son colonias agrícolas, industriales ó comerciales, espontáneamente formadas por un interés accidental y regidas por los principios comunes de las sociedades civiles; no! son genuinas proyecciones de la madre patria, fuertemente organizadas con el vinculo de la nacionalidad de origen, y aspirando á formar una entidad distinta bajo la proteccion y direccion de su respectivo Ministro diplomático, cuando no de su respectivo agente consular!

No piensan con nuestras ideas, ni hablan con nuestro idioma, ni viven con nuestras costumbres, ni se familiarizan con nuestras instituciones, ni se confunden con nuestra nacionalidad.

Reconcentradas dentro de su propio círculo, cada una de las tituladas colonias extranjeras imprime un sello especialmente suyo á todo lo que les pertenece, á todo lo que se relaciona con ellas. Si ejercen el comercio, tenemos el comercio inglés, el comercio aleman, el comercio italiano, etc. Si adquieren propiedades raices, nos encontramos con la bandera que anuncia, allí una propiedad española, acá una propiedad francesa, etc. Si desarrollan su prole, viene una falsa partida bautismal que á despecho de todas nuestras leyes, mantiene la perpetuidad de la nacionalidad de origen, y aísla á la poblacion indígena entre un inmenso mar de agregaciones estrañas!

¿Cómo explicar este fenómeno creciente, ante cuya observacion, es imposible que dejen de asaltar al alma dudas y vacilaciones patrióticas?

¿Será la obra de nuestras instituciones, la obra de nuestras leyes?

No, porque nuestras instituciones aventajan mucho á las instituciones de los pueblos que nos favorecen con su emigracion — no, porque nuestras leyes abren el mas ancho campo á la unificacion de todos los elementos que puedan acogerse en el país.

Los códigos establecen perfecta igualdad de derechos civiles entre naturales y extranjeros; los impuestos no pesan sobre los últimos con mas rigor que sobre los primeros; hasta nuestros rios, están abiertos á todas las banderas del mundo.

En cuanto al ejercicio de los derechos políticos, bástenos decir que ofrecemos la ciudadanía con tanta generosidad como la nación mas generosa de la tierra. En vano el General Pacheco, decia que si existiese la vieja Roma, con todo su esplendor, no cambiaria el título de ciudadano oriental por el de ciudadano romano. Reconozcamos con dolor que no se piensa generalmente de ese modo; una falsa papeleta turca seria hoy mas apreciable para mucha gente que el título genuino de ciudadano oriental.

Las leyes de los Estados Unidos, cuya liberalidad para con los extranjeros tan á menudo es ponderada, están muy lejos de ofrecer tantas franquicias como nuestras propias leyes; bástanos fijar dos puntos de la legislación norte-americana para comprender su espíritu — no se puede ser propietario territorial, ni director de Banco, sino siendo ciudadano de la Union.

Entre nosotros, si pretendiéramos establecer esos principios, no conseguiríamos que los extranjeros se naturalizasen para ser propietarios ó banqueros, pero los haríamos emigrar á otros países en vez de tenerlos como huéspedes. El buen sentido nos ha dicho siempre que debemos abrir de par en par todas las puertas por donde la emigración del mundo pueda sentirse halagada para entrar en nuestra casa.

Con esta idea, no hemos hecho todo lo que puede hacerse, pero hemos hecho lo bastante para quedar demostrado á la evidencia que no son nuestras leyes la causa real de la profunda anarquía nacional en que vivimos.

¿Lo serán acaso nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestra sociabilidad?

Cualquiera que conozca el país, sabe que los extranjeros son en todas partes y por todos recibidos con espontáneas demostraciones de cordialidad y simpatía.

Su raza y su religión, á nadie preocupan lo mas mínimo.

En la familia y en la industria, en la sociedad y en el comercio, son recibidos como amigos, como hermanos.

A cada paso se invoca su opinión y se solicita su concurso.

En ellos buscan su apoyo los gobiernos; en ellos cifran sus esperanzas todos los revolucionarios!

Hé ahí entonces, á la población extranjera solicitada por las leyes y

solicitada por los hombres para identificarse en todo con nuestra propia vida nacional, y sin embargo indiferente, apartada y retraída en el exclusivismo de sus tradiciones resistentes, desmintiendo de una manera inesperada la sacramental sabiduría del adagio que nos dice: — *ubi bene, ubi patria* — donde la propiedad, ahí la patria.

¿Cómo explicar este fenómeno?

Por nuestra parte, (y en un próximo artículo esperamos demostrarlo á la evidencia) creemos que esa es la obra inevitable de nuestros viejos partidos y de la continua guerra civil en que se agitan.

Lo que dirá la historia

Cuando las pasiones que hoy dividen á blancos y colorados hayan ido á descansar en el polvo de la tumba manchada con los restos de los que fueron sus instigadores y sus víctimas; cuando el tiempo, ese reparador de todos los males, haya aplicado su balsamo benéfico en las heridas que sangran todavía; cuando otras generaciones, otras costumbres, otras ideas dominen nuestra sociedad; cuando la libertad sea un hecho; cuando libre y próspero el país se adelante á paso seguro hácia el porvenir espléndido que su destino le marca; cuando revolviendo el polvo de los acontecimientos humanos, saque el historiador á luz los hechos mas culminantes de esta época, y con juicio recto, con criterio sano, con las imparcialidades del juez, sin preocupaciones, sin espíritu de sistema, dé á cada uno el puesto que merece, ¿cuál será el fallo de la historia sobre los partidos que han dividido y ensangrentado este país?

Cada uno de los combatientes de hoy cree que el fallo va á ser en su favor. Y es natural. Nos es tan miserable la naturaleza humana, que aun en los estravios de la pasión no crea con frecuencia que la mueve un principio santo de verdad y de justicia.

No culparán á sus partidos en masa de los males que ambos han acarreado á su país. Echarán la culpa á tal ó cual personalidad aislada que nada hubiera sido sino hubiese encontrado apoyo en su partido.

Hablarán de protestas. Dirán no, mientras los hombres funestos que han dominado á nuestro partido encaminaban al país á la desolación y la ruína, nosotros en el fondo de nuestras almas rendíamos culto al de-

recho y la justicia, todos los atentados de nuestros partidarios han encontrado en nosotros una constante reprobacion. Prueba de ello que hemos sido victimas mas de una vez por defender las libertades atacadas por nuestro partido. Y los hombres que de tal manera hayan procedido, merecerán el elogio del historiador pero no justificarán á su partido. El sacrificio de los Girondinos no justifica los atentados de la Convencion.

¿Dónde se colocará el historiador para pesar los acontecimientos en la balanza de la equidad y la justicia? ¿Empezará por juzgar los hechos aislados de cada partidario, y despues de esos juicios parciales formará una ecuacion eliminando aquellos que se neutralicen, para saber á qué lado se inclina la balanza? ¿O juzgará los hechos en masa, sin ver en el individuo mas que el instrumento de la voluntad general; juzgando esos hechos, no comparando un partido con el otro sino comparándolos ambos con los principios eternos de justicia que se encierran en la conciencia humana?

¿Buscará cual ha cometido mas faltas, mas errores, mas crímenes, ó estudiará mas bien si ambos no han seguido su camino por senderos mas ó menos extraviados, pero apartándose siempre de la senda de la razon y la verdad?

Cuando trayendo á su memoria los primeros tiempos de la colonizacion, contemple con los ojos del alma las hermosas campiñas cubiertas de ricos pastos, las suaves ondulaciones de sus colinas revestidas de eterna verdura, las aguas cristalinas de sus innumerables arroyos que riegan una tierra rica y fecunda, la espesura de sus bosques llenos de aromáticos perfumes, la magnitud y la profundidad de sus soberbios rios, la estension y comodidad de su puerto, la claridad del cielo, la blandura del clima, la belleza de sus playas refrescadas por los vientos húmedos del mar, y se diga que este rincon de tierra, oculto en el último confin del mundo, habia sido preparado por el creador para traer mas tarde, cuando las necesidades de la humanidad así lo exigiesen, la poblacion y la riqueza, el movimiento y la vida, no se sentirá movido de justa indignacion al ver lo que han hecho de las riquezas que la Providencia les brindaba á los hombres, que al hacerse independientes recibieron por mision esparcir la civilizacion en sus campos desiertos y atraer con la libertad de sus instituciones, con las promesas de una vida de paz y de concordia, con la multiplicidad de sus escuelas, con el respeto á la propiedad, al trabajo, á la vida, nuevos convidados á ese banquete de felicidad y de progreso?

¿A cuál de los dos partidos echará la culpa de tantos males?

¿Será uno solo el culpable, y el otro no habrá hecho sino luchar en favor del oprimido? ¿Será uno solo el verdugo y el otro la víctima?

¿O habrán sido uno y otro á la vez víctima y verdugo?

Ambos partidos se han sucedido sus épocas distintas en el poder ¿y qué han hecho?

A una política de reconciliacion que estaba marcada por la prudencia y la justicia, han opuesto una política de exclusion y de predominio. El temor de verse dominados por sus adversarios les ha hecho sancionar todas las iniquidades de sus corifeos. El temor de las represalias los ha hecha ser crueles hasta la barbarie.

Cuando esos partidos aparezcan ante el supremo tribunal de la historia, se les preguntará no cual ha sido tu programa, cuales han sido tus promesas, sino cuales han sido tus obras; y la obra de ambos ha sido la destruccion la destruccion y la ruina.

¿Qué importa cual haya sido su propaganda mientras dominaba su adversario, si cuando subieron al poder no hicieron otra cosa que imitarlo?

¿Qué importarán las protestas mas ó menos generosas de individuos aislados, si los hombres que lo dominaban y dirijian encontraban apoyo en la gran mayoria del partido?

Así pues, el historiador imparcial, al hacer notar los rasgos característicos de ambos partidos, dirán de uno y otro.

Que han sido partidos fanáticos; y con todos los caracteres del fanatismo, han llevado como medios de accion, la crueldad, la intransigencia, la opresion, el espíritu de secta, y todos los desórdenes inherentes á ese extravio funesto de las pasiones humanas.

Que han sido partidos egoistas; y que antes de ceder nada á sus pretensiones de partido, ó á teorías abstractas y sùtiles, han preferido ver la patria en ruinas, entronizado el caudillage, violadas todas las leyes; y han querido mas bien retroceder medio siglo en la vida de la civilizacion antes que buscar la solucion del problema por medio de la fraternidad y la conciliacion, porque esto les esponia á perder una parte de su preponderancia.

Que han sido partidos implacables; y que en los campos de batalla y en el seno de las familias, la lucha era tenaz, constante, sin cuartel; que el niño al balbucear las primeras palabras aprendía imprecaciones contra

los enemigos de su padre ; que el rencor, el ódio hácia el hermano fueron exaltados como virtudes ; que este funesto antagonismo llegaba hasta la alianza entre las familias, hasta los pasatiempos mas inocentes, hasta las obras de caridad.

Que han sido partidos sin patriotismo ; y que en medio de palabras huecas y de manifestaciones ruidosas de amor á la patria, no se abrigaba en su pecho ni una chispa de ese fuego divino, y no han tenido nunca á mengua inmiscuir al extranjero en sus cuestiones internas, haciendo á su pais el juguete y el ludibrio de las demas naciones.

Este será el fallo de la historia, y los hombres que no traten de aquietar las pasiones y de dar á los espíritus una direccion mas humana y civilizadora, por mas protestas que hagan, por grande que sea la pureza de sus principios y propósitos, por limpios que se crean de las faltas de sus co-partidarios, serán envueltos en el comun anatema ; y recibirán el castigo de todos aquellos que por egoismo, por no perder la preponderancia en su partido, se han dejado arrastrar por la corriente que se creian impotentes para contener. No comprenden que si van á la cabeza no es por que el partido los sigue sino por que los empuja !

E. R.

La paz de los intereses personales y la paz de los intereses públicos

No es posible desconocer la solemnidad del momento á que asistimos, ni los deberes especiales de circunspeccion y de cordura que esa solemnidad impone.

Una palabra imprudente, una actitud irreflexiva, de parte de cualquiera de los bandos enemigos, puede ser la chispa que reanime de una manera inevitable el terrible incendio de la guerra.

Si, por un instante al menos, no se calman y guardan reservado silencio las viejas pasiones de partido, todo el trabajo de los pacificadores será estéril y contraproducente, porque hará nacer el triste convencimiento de que no hay transaccion, ni conciliacion, ni arreglo posible entre la desgraciada familia de los orientales.

Justo es decir que así se ha pensado en general ; la prensa, salvo muy insignificantes escepciones, ha seguido los preceptos de esa patriótica reserva ; y la poblacion se ha rehusado á la iniciativa de reuniones populares, en que pudiesen estallar las exageraciones é intemperancias políticas.

Por nuestra parte, creemos encontrarnos en una situacion escepcional, ya por la completa emancipacion de los tradicionales vínculos de partido, ya por las condiciones de la publicacion en que escribimos.

No puede en nuestra palabra descubrirse el veneno de los ódios, ni el fuego de la propaganda contagiosa que subleva en un instante las malas pasiones populares.

Hablamos con la razon y á la razon ; ecos de lo que nadie estima, nuestros artículos se pierden en el vacío de lo que nadie tiene ; porque no se estima la razon ni se usa de sus facultades, cuando el espíritu de bando se convierte en supremo criterio de los hombres.

También, habiendo aplicado nuestro esfuerzo, acaso sin alcance pero con intencion profunda, á la santa obra de la paz, tenemos derecho á preguntarnos : si los hechos vienen á darnos la razon ó á dementirnos ; si debemos satisfacernos con los hechos ó perseguir sin descanso nuestro ideal.

Una parte de nuestros deseos se ha llenado ; bajo la noble iniciativa del General Osorio, los combatientes se disponen á descansar las armas y entran en negociaciones pacíficas !

Algo adelantamos ! ya los parlamentarios no son recibidos á balazos, como lo fueron no hace mucho !

Van á empezar las conferencias. ¿ Y bien ? ¿ Qué paz nos van á dar estas misioneros de paz ?

Hay la paz de los intereses personales, y la paz de los intereses públicos.

Hay la paz que significa un nuevo escándalo de nuestras disensiones civiles, para continuar indefinidamente en ellas, y la paz que importaría la mas alta expresion del patriotismo oriental, abriendo una nueva era de regeneracion y de concordia á la República.

Hay la paz, que sería una trégua vergonzosa, y la paz que sería una reconstruccion fecunda.

Entre esos dos extremos, van á fluctuar sin duda las negociaciones de los parlamentarios.

Se explica el primer extremo de este modo :

Somos dos partidos personales ; los unos están en el poder ; tienen grados militares y dinero ; los otros están fuera del poder ; no tienen grados militares ni dinero ; pero podemos arreglarnos fácilmente, conservando los unos el poder, y repartiendo entre todos los grados militares y el dinero.

Se explica el segundo extremo de este modo :

Ambos combatientes formamos parte de la soberanía nacional, pero ninguno alcanza à representarla por completa ; luego debemos reconciliarnos organizando un gobierno provisorio que garantice la libre manifestación de la soberanía nacional, à cuyo fallo supremo discernimos la solución de todas nuestras cuestiones políticas.

El primer extremo, responde evidentemente à las conveniencias privadas de los bandos dejenados y bastardos, que de veinte años à esta parte mantienen en continua agitación à la República.

La cuestión de los grados militares es una cuestión esencialísima en la organización actual de los partidos.

Hasta la época de la invasión de Flores en 1863, conservaba la carrera militar su dignidad y su lustre, independientes de la causa en cuyo servicio habían brillado.

Muy caro costaba entonces adquirir los altos grados militares, y era insigne honor el conquistarlos.

Rivera no dió el título de General à ninguno de sus valientes caudillos ; à mucho andar, los dejaba en el coronelato estancados.

Durante la guerra grande, nueve años de lucha, ni los sitiados ni los sitiadores hicieron General à ningun gefe ; los grados inferiores eran igualmente reservados y otorgados con la mesura y parsimonia necesarias para que las insignias militares no degenerasen en un honor comun y deleznable, como los cintarazgos de las últimas órdenes de la aristocracia europea.

Así andaban las cosas todavía, cuando el General Flores, en su campaña de 22 meses, fué nombrando generales y coroneles, por su cuenta, y prodigando innumerables grados superiores, que sucesivamente han ido pasando de grados honorarios y farsaicos, à grados efectivos, que cuestan muchos miles de pesos al Estado.

Después, tocó à los blancos el turno de la *patriada*, y el nuevo

libertador ha seguido los ejemplos de su predecesor en grande escala. Cuando recién pasó Aparicio, se referia una anécdota curiosa.

Contábase que un día Benítez había llegado à casa de su compañero y le había dicho con respeto.

— *General*, todo está ya pronto para la marcha.

— Alto ahí ! — había contestado Aparicio — ni yo puedo hacerlo general à V. ni V. puede hacerme general à mí.

Esto no pasó de cuento. Pocos días después de la invasión, Aparicio y Benítez se hicieron de comun acuerdo generales, transmitiendo sucesivamente el título à Muniz, Bastarrica, Manduca Cipriano, Egaña y varios otros.

Los Coroneles y Comandantes brotaron de todas partes, y la barra se fué convirtiendo en puros ases.

A este respecto, los orientales no saben imitar la hidalguía de nuestra noble raza — después de la revolución de Setiembre, Serrano y Prim declaran en nombre del ejército, que no aceptaban ningun ascenso por la campaña de la revolución.

Nuestros libertadores no esperan la recompensa del pueblo ; se la adjudican ellos mismos de antemano.

Se acostumbran al título, à las preeminencias del grado con que se han favorecido ; viven haciendo cuentas alegres sobre la gerarquía que ocupan y concluyen por considerarse con un derecho adquirido, mas sagrado é importante que todos sus derechos naturales y políticos.

Después de la suprema cuestión de los grados militares viene la cuestión mas suprema del dinero.

También desde veinte años à esta parte, la política de los partidos casi se ha reducido à lo que se llama en Francia — *course aux places*, y que traducimos nosotros — *embestida à los empleos*.

Libertad, ha sido para nuestros partidos, *predominio*, y el predominio ha consistido en ocupar los puestos públicos, multiplicándolos y dotándolos para la *congrua sustentación* de la gran mayoría de sus miembros.

La fiebre de la empleomanía ha destruido los hábitos del trabajo, y los partidos se han acostumbrado à vivir casi exclusivamente del Estado.

Así, cuando llega la hora de la desgracia, y viene la emigración forzosa à que los vencidos están entre nosotros condenados, es una época de aflicciones y miserias la que atraviesan entonces los partidos.

Van viviendo con la esperanza de la restauracion ; sobre esa esperanza fundan su crédito moral ; sobre esa esperanza levantan los elementos necesarios para la conspiracion perpetua en que se ajitan.

Despues, cuando se lanzan al combate, lo que mas los preocupa en sus alegres cuentas de victoria, son los compromisos contraidos para despues del triunfo y la posicion personal que la restauracion vá á garantirles !

Tal es la verdad, que no se encuentra por cierto en los manifiestos y proclamas de los partidos alternativamente revolucionarios, pero que nos suministra el estudio imparcial de su sicología política ; y adviertase que al hablar de los partidos, nos referimos á la masa que los forma y que determina sus actos, prescindiendo de las escepciones idealistas que solo por una aberracion incomprensible pueden acompañar los movimientos de esa masa.

Grados militares y dinero — he ahí las bases de una paz que puede por el momento satisfacer el interes personal de los partidos ; del partido predominante, porque dá lo que no es suyo, y del partido insurrecto, porque recibe mucha parte de lo que andaba buscando con las armas.

En estas condiciones, la paz no duraria seis meses, ni produciria mas bien que el momentáneo estancamiento de la sangre.

Las pretensiones personales son insaciables, como las necesidades del hombre indefinidas ; esas pretensiones estarian eternamente conspirando sin encontrar por delante un solo contrapeso de intereses morales y legítimos.

Tras la aparente aceptacion de unos cuantos galones y de un puñado de oro, el partido blanco guardaria en su corazon la ofensa de la derrota ; y sin garantias reales para buscar el triunfo en los comicios, no haria mas que aguardar la ocasion favorable de lanzarse nuevamente á la contienda.

Entre tanto, como se conservase la organizacion actual de los Poderes habria una fraccion del partido colorado que persistiria en desconocer la legalidad de esos Poderes, y por lo tanto se negaría á prestar su concurso sobre esa base falsa.

La arbitrariedad, el desgobierno, las dilapidaciones continuarian como siempre hasta Marzo de 1872, y la República se veria de nuevo sumerjida en una crisis, de donde no es posible salir sin una transformacion fundamental en nuestro ser politico.

En verdad, la paz que nosotros hemos proclamado y defendido, tiene bases mas dignas y mas nobles.

Si por el momento contraria los intereses personales de los bandos, en cambio, crea una fuerza moral incontrastable para servir de apoyo á un órden de cosas completamente nuevo.

No da un grado, no da un peso á nadie, pero garante á todos el derecho de sufragio para elegir la gran asamblea popular que debe resolver sobre todas las cuestiones del pasado, del presente y del futuro.

No se contenta con recoger las armas de los combatientes, sino que remueve todas las causas que pudieran reabrir el combate en adelante, reabrir el combate á justo título, porque la República ha de vivir sobre un perpétuo campo de batalla, mientras la soberania del pueblo no obtenga su victoria definitiva, cerrando la era de las usurpaciones de partido y abriendo la de la sucesion legal de los Poderes.

Ni colorados ni blancos, representan la soberania del número, ó la soberania del derecho.

Ellos no pueden conceder ni aceptar nada, fuera de la organizacion de un gobierno provisorio, que garanta la libertad de sufragio para la eleccion de una asamblea en cuyo seno la Nacion Oriental recupere la completa posesion de sus destinos.

Esa asamblea, es la que puede conceder y la que puede aceptar ; esa asamblea es la que puede satisfacer las exigencias honestas de los dos partidos en armas, con la opinion y con la representacion de todo el pueblo ; esa asamblea es la que podrá invocar el principio de autoridad y salvarlo con el prestigio moral y material de la soberania legitima.

El Brasil y la República Argentina, el mundo entero, observa el inevitable desenlace de nuestra crisis política. —

No den los partidos orientales un vergonzoso ejemplo de mezquindad y de miseria.

Colóquense á la altura de las aspiraciones del país, y de las necesidades de la época.

No quieren reconciliacion, concordia, nueva vida — está bien ! pero entonces que digan los colorados á los blancos.

No queremos dar á nuestros enemigos ni grados militares ni dinero, pero les damos lo que no les podemos negar en ningun caso, garantias para la

libertad de sufragio en la eleccion de una asamblea que falle sobre todas nuestras cuestiones actuales y futuras.

Y digan los blancos á los colorados :

No queremos recibir de nuestros enemigos ni grados militares ni dinero ; pero recibimos lo que nadie puede negarnos nunca, garantias de la libertad de sufragio en la eleccion de una asamblea que falle sobre todas nuestras cuestiones actuales y futuras.

Esas garantias se encuentran en el *Gobierno Misto*.

Esa asamblea se llama la *Convencion Nacional*.

Gobierno mixto y Convencion Nacional, ha sido hasta hoy nuestra bandera, y lo será, en la guerra civil ó en la paz, mientras las usurpaciones de partido continúen menoscabando ó suprimiendo la soberania de la Nacion Oriental.

La Peregrinacion de Child-Harold

ENSAYO DE UNA TRADUCCION DE BYRON POR JOSÉ PEDRO VARELA

(Continuacion.)

XXVIII

A caballo ! á caballo ! deja, deja
 Para siempre una plácida morada
 Que es tan grata á su alma, y se desprende
 De su éstasis divino ; pero ahora
 No son ni las rameras, ni las copas
 Lo que anhela encontrar : Va sin que sepa
 A donde acabará su travesia !
 Infinitas escenas
 Se mostrarán aun ante sus ojos
 Antes de que se apague
 Su sed de visitar nuevas regiones ;
 Antes de que en su pecho
 Se calme el corazon desesperado,
 O de que la esperiencia
 Con su duro saber lo haya enseñado !

XXIX

Pero Mafra reclama
 Un momento de espera. Aqui vivia
 En tiempos que pasaron
 La desgraciada reina Lusitana !
 Las salas y la Iglesia estaban juntas !
 El festin y las misas se alternaban !
 Cortesanos y frailes. Mezcla rara !
 Pero aqui levantó la prostituta
 De Babilonia, tan soberbio alcázar,
 Que el viagero se olvida de la sangre
 Con que ella tiñó el suelo
 Y dobla la rodilla y se estremece
 Ante la régia pompa
 Que con placer al crimen embellece.

XXX

Por valles tapizados de verdura
 Por soberbias colinas (Ah si en ellas
 Una raza de libres habitara !)
 Child-Harold caminaba contemplando
 Con ojos admirados
 Tan pintorescos sitios. Que los hombres
 Amigos del reposo y la molicie
 Se escandalicen y les llamen locos
 A los que dejan el mullido asiento
 Para cruzar la trabajosa ruta
 Y sus largas, larguissimas distancias !
 Ah ! se encuentra una vida, una dulzura
 En el aire sutil de la montaña
 De embriagadora esencia
 Que no probaran nunca
 La entumida molicie y la indolencia !

XXXI

Las colinas blanquean y decrecen
 Mas y mas cada vez y se presentan
 Campos menos variados y mas pobres !
 Interminables landas se divisan
 En el vasto horizonte, sin que pueda
 La vista limitarlas ; donde pacen
 Los soberbios rebaños españoles
 Cuya sedosa lana
 Bien conoce el comercio ; pero ahora
 El pastor español tiene que armarse
 Y salvar su majada ; que en la España
 Invadida por fieros enemigos,
 Hay que luchar á muerte
 Para salvar la propiedad ilesea
 O soportar los males
 De la conquista que sobre ella pesa.

XXXII

Allí donde se encuentran
 La Lusitania y la orgullosa España
 Qué creéis que separa esas rivales ?
 Acaso el Tajo sus potentes olas
 Interpone orgulloso
 Entre esas dos naciones ? O levantan
 Las tenebrosas sierras sus peñascos ?
 O acaso han construido una muralla
 Semejante á la inmensa de la China ?
 No hay muralla, ni curso inmenso de agua,
 Ni rocas escarpadas, ni sombrías
 Y altísimas montañas, como aquellas
 Que separan la España de la Francia :

XXXIII

Pero entre ambos paises
 Corre un arroyo de argentadas aguas,
 Que apenas tiene un nombre, aunque divide
 Con sus verdosas costas
 A dos pueblos rivales. Cuando ocioso
 Allí viene el pastor con su cayado
 Y fija una mirada indiferente
 Sobre esas olas que apacibles corren
 Entre dos implacables enemigos !
 Aquí todo paisano es orgulloso
 Como el duque mas noble ; que bien sabe
 El pastor español, la diferencia
 Que hay entre él y el esclavo Lusitano
 El mas vil de los viles : el mas bajo

XXXIV

Cuando se pasa el linde imperceptible,
 El sombrío Guadiana, tan nombrado
 En las antiguas redondillas, rueda
 Murmurando imponente
 Sus vastas y tristísimas oleadas !
 Allá en tiempos lejanos que pasaron
 El miró en sus riberas
 Numerosas legiones
 De Moros y cristianos
 Cubiertos de brillantes armaduras !
 Allí se detuvieron los guerreros
 Mas ágiles ; los fuertes
 Sucumbieron allí : y allí rodaron
 Confundidos en la agua ensangrentada
 El casco del cristiano y el turbante
 Del musulman, á quien tumbó la espada !

XXXV

Oh ! encantadora y fabulosa España !
 Dónde está el estandarte que Pelayo
 Hizo flotar al viento
 Cuando el pérfido padre de la Cava
 Llamó á su patria las salvajes hordas
 Que tiñeron con sangre de los Godos
 Los torrentes sin fin de las montañas ?
 Donde están las banderas
 Tintas en sangre, que en lejanos tiempos
 Desplegadas al aire
 Flotaron victoriosas
 Sobre la sien de tus heroicos hijos ?
 Como brillaba, roja
 La bendecida cruz, y cómo pálida
 La media luna su color perdía !
 Cuanto debieron atronar los ecos
 Del Africa salvaje, los gemidos
 De la madre infeliz de los vencidos !

XXXVI

Tus cantos populares no están llenos
 Con tus gloriosos hechos ? Ay ! que es esa
 La mayor recompensa, que los héroes
 Pudieran esperar ! Cuando el granito
 En polvo se convierta y los recuerdos
 Se pierdan para siempre en la memoria !
 La queja lastimera de un paisano
 Los dudosos anales representa !
 Oh ! Vanidad, separa tus miradas
 Del magestuoso cielo
 Para fijarlas en tí misma ; mira
 Como la nombradía de los grandes
 Se refugia en un canto. Las columnas,

Los libros y los altos monumentos
 Eternizar no pueden tu memoria ?
 Tienes que confiarte
 Al language sencillo
 De tradicion oral, cuando sucumbe
 La adulacion contigo, y que la historia
 A su antojo calumnia tu memoria !

XXXVII

Despertad, despertad, hijos de España.
 Ved, la caballeria
 Vuestra antigua deidad es quien os llama !
 Pero, mirad ahora
 Como en tiempos antiguos, no sacude
 Su lanza tinta en sangre,
 Ni agita al aire su penacho rojo !
 Hoy vuela en la humareda
 De sus prendidos dardos,
 Y truena con la voz omnipotente
 Del bronce atronador ; á cada estruendo
 Os grita poderosa. Arriba ! arriba !
 Decid, será que acaso
 Es mas débil su voz que no lo era
 Cuando el grito de guerra se escuchaba
 De Andalucia en la feraz ribera ?

XXXVIII

Silencio ! no escuchais como resuena
 La tierra bajo el casco de los potros ?
 No es el ruido fatal de la pelea
 Ese que llega á herir nuestros oidos ?
 No veis á los que hiere
 El filo de los sables humeantes ?
 No correis á salvar vuestros hermanos

Antes de que sucumban á los golpes
 Del mísero tirano y sus esclavos?
 Las balas y los fuegos de la muerte
 Se ven relampaguear; de roca en roca
 Cada descarga anuncia
 Que millares de victimas han muerto.
 La muerte se adelanta
 Ginete en el sulfúrico Sirocco!
 El dios de la pelea, envuelto en sangre
 Con su pié hiere el suelo y palidecen
 Las naciones al choque y se estremecen

XXXIX

Sus sangrientos cabellos,
 Flotan libres al sol; brilla en su mano
 El rayo de la muerte y sus pupilas
 Devoran todo aquello en que se posan:
 Incesantes rodando, ú ora fijas,
 U ora lanzando al lejos un relámpago!
 A sus plantas de hiena
 La fiera destruccion yace tendida
 Mostrando las hazañas que se cumplen!
 Porque en esa mañana
 Se juntarán tres pueblos poderosos
 En lucha fratricida
 Y verterán al pié de sus reliquias
 La sangre que es su ofrenda mas querida.

XL.

Por Dios que es un magnífico espectáculo
 (Para el que allí no tiene
 Ni amigos ni parientes)
 El ver la confusion extraordinaria
 De bandas y bordados y las armas

Que al aire resplandecen. Los sabuesos
 De la guerra allí están; y se levantan
 De sus guaridas, rechinando el diente
 Y maullando brios por su presa —
 Ah! de la caza participan todos:
 Y del triunfo muy pocos: El sepulcro,
 Consigo llevará la mejor parte,
 Y el Estrago gozoso y satisfecho,
 Cuenta apenas las victimas de Marte.

XLI.

Para ofrecer el duro sacrificio
 Tres ejércitos se unen: y tres lenguas,
 A Dios elevan fervidas plegarias—
 Tres pomposas banderas flotan libres
 Al pálido celeste de los cielos—
 Albion, España y Francia son los gritos
 Que llenan el espacio—El enemigo,
 La desgraciada victima, el aliado
 Que se bate por todos y que siempre
 Se bate estérilmente, se han juntado.
 (Cual si allá en sus hogares
 Perecer no pudieran) para darles
 Alimento á los cuervos que se ciernen
 Sobre el llano fatal de Talavera
 Y para fecundar con sus despojos
 La colina y el llano y las montañas
 Que anhelan conquistar con sus hazañas!

XLII

Y allí se pudrirán esos juguetes
 De la ambicion humana — Si! la gloria
 Dora el cespced que cubre sus despojos!
 Sofisma vano! no veais en ellos

Mas que instrumentos rotos, olvidados,
 Que arrojan por miradas los tiranos,
 Cuando se atreven á empedrar su senda
 De humanos corazones destrozados,
 Para llegar á qué? No mas que á un sueño.
 Habrá un punto siquiera do se sufra
 El yugo de los déspotas con gusto?
 Habrá un rincon de tierra que ellos
 Puedan decir me pertenece,
 Sino es aquel donde caerán sus restos
 Al bajar á esa tumba
 Donde todo lo humano se derrumba?

Los Palmares (1)

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

SEGUNDA PARTE

(Continuacion.)

VI

Mientras descansaba Eduardo de sus agitaciones, Luis despertaba de su apacible sueño, é incorporándose en el lecho, exclamaba con voz alegre y juguetona:

— Ilustre amigo, jóven apasionado y romántico, nuevo amante del Teruel, nuevo Macias. . . .

Nadie respondió á esas voces; la casa estaba en el mas completo silencio.

— ¿ Si lo habrá vencido el sueño, ó si andará pidiendo consejos á los

(1) A pedido de muchos suscritores que nos transmiten sus deseos por intermedio de nuestros repartidores — y teniendo en cuenta que la publicacion por separado de los *Palmares* debería demorar bastante tiempo, desde que no nos es dado escribirlos sino á ratos muy perdidos, — reanudamos en este número la publicacion que dejamos pendiente en el número 10 del primer tomo.

árboles, como suelen hacerlo los poetas? dijo Luis en su interior y empezó á vestirse con toda la lentitud, con todo el esmero de una dama.

Así que estuvo cumplidamente enjaezado y despues de mirarse por repetidas veces al espejo, salió Luis del dormitorio, y se dirigió á la única habitacion cuya topografia, por decirlo así, habia podido conocer aquella noche; vió á Eduardo dormido en el sillón, y sentándose á su lado, se puso con atencion á contemplarlo.

Como si los profundos ojos azules de aquel hombre tuviesen una irresistible accion magnética, bien pronto Eduardo se despertó sobresaltado, y exclamó con efusion tomando las manos de su amigo:

— Eres tú, querido Luis! te ocupabas de ver dormir á tu desgraciado compañero!

— Me deleitaba al ver la tranquilidad de tu semblante, lisonjeándome la idea de que se han calmado tus dolores, tus ficticios dolores.

— Ficticios! murmuró Eduardo con tristeza.

— Infundados, si lo prefieres entonces.

— ¿ Tú lo crees así? Repítemelo por Dios. Es cierto que podré reconquistar el corazón de Adela?

— Declaro como es cierto que si te sabes conducir como hombre, Adela se ha de rendir como mujer. . . .

— Ah! si, exclamó Eduardo con imperio; me siento con fuerzas bastantes para vencer á mi despreciable rival. Ah! cuando se ha poseido alguna vez el corazón de una mujer, suceda lo que suceda, conservamos en nuestras manos un dominio. . . .

— Un dominio eminente, dijo Luis levantando sus ojos hácia el techo.

— Volveré á ser feliz!

— Si, volverás á ser feliz, pero es necesario poner los medios de la vuelta.

— Estoy dispuesto á todo; dime lo que debo hacer, que te obedeceré ciegamente —

— ¿ Lo que debemos hacer?

— Si, habla.

— Antes que todo, necesitamos ir á Montevideo cuanto antes.
 No se desbanca al porteñito lloriqueando en los *Palmares*!

Eduardo permaneció en silencio unos instantes, y dijo en seguida como haciendo sobre sí mismo un gran esfuerzo.

— Es cierto ; necesitamos ir á Montevideo cuanto antes ; sin embargo, hay una maldita dificultad por arreglar.

— Una dificultad ? exclamó Luis ; pues qué ! vas á esclavizarte aquí en la estancia, como el antiguo siervo ligado á su terruño.

— No es eso, Luis, no es eso. Escúchame.

— Escucho, y con curiosidad soberana.

— Bien sabes tú que tenía intenciones de venir á pasar una temporada con Adela, aquí en la *Estancia*, así que nuestro casamiento se efectuase. Era una resolución muy meditada. La luna de miel pide silencio, tranquilidad, misterio.

— Pobres poetas ! descendientes lejitimos de Orfeo ! exclamó Luis con acento de intencion profunda.

— Y bien ! prosiguió Eduardo ; todo lo que despues ha sucedido, no hace mas que confirmar mis planes. Si Adela vuelve á amarme, si me concede su mano. . . . aquí, lejos de la sociedad, lejos de sus comentarios incómodos, lejos de sus murmuraciones imbécites, he de venir á disfrutar el inapreciable tesoro del amor.

— Eh bien ! como se dice ahora, todos podemos hacer de nuestra capa un sayo — *Libre à toi* de satisfacer tus caprichos.

— No es un capricho, no, al menos, no todo es capricho en mi proyecto. Léjos de su madre, léjos de sus amigos, y de la viciada atmósfera en que está acostumbrado á respirar, Adela será mas blanda á mis consejos, mas dócil con mis insinuaciones, mas sumisa para mis mandatos.

— Ah ! la vieja máxima del maquiavelismo. Si ! *divide ut imperas*. Dividir para reinar, futuro déspota !

— Aquí, bajo mi férula, dijo Eduardo entusiasmándose, aquí bajo mi esclusivo dominio, debe Adela hacer el aprendizaje de la vida conyugal. . . . Confiesa que no está mal cordinado mi proyecto. . . .

— Admirable, admirablemente admirable, respondió Luis ; pero me hablaste de una dificultad por arreglar, y todavia no puedo apercibir cual es.

— Cual es ! exclamó Eduardo golpeando convulsivamente el suelo.

— O pretendes acaso que desde ya te diga si Adela estará dispuesta á complacerte en tu peregrinacion por el desierto ?

— La cuestion no es esa.

— Claro está, que la cuestion no es esa. Si Adela llega á ser tu esposa — la ley es terminante ; la mujer tiene que acompañar al hombre á todas partes, salvo en caso.

— Vamos á ver, interrumpió Eduardo al abogado ; vamos á ver que dicen tus leyes de Partidas para el caso de que el esposo quiera llevar á su esposa á la misma casa donde tiene una querida !

— Ah ! ya caigo exclamó Luis ; lo que te preocupa es la hijita de la tísica y apropósito, supongo que no dejarás de presentarme á ella, siquiera para remunerarme las incomodidades, los perjuicios. . . .

— Hablemos con seriedad, replicó Eduardo ; si ; es Maria Angélica la que me preocupa.

— ¿ Y porqué te preocupa Maria Angélica ? ya que tan lindo nombre usurpa esa *guaranga*.

— Mira, respondióle Eduardo, señalando la ventana del comedor por cuyo frente pasaba Maria Angélica, fresca, pálida y risueña, llevando en su delantal de muselina blanca algunas verdes hojas de legumbre.

Luis se acercó á la ventana y siguió con la vista á Maria Angélica —

— Es hermosa, y se cree feliz, dijo el escéptico despues de un instante de silencio ; nada como la felicidad realza tanto la belleza de las mugeres !

VII.

Al escuchar estas palabras, Eduardo pasó por sus cabellos las dos manos y se levantó diciendo :

— Tiene para tí el prestigio de la novedad, la singularidad del contraste que forma con todo lo demas que la rodea. . . . La dificultad no estriba en que se crea hermosa ni en que se crea feliz.

— ¿ Cual es la dificultad entonces ?

— ¿ Cómo viene Adela, viviendo esa muger aquí en la *Estancia* ?

— Acaso, va á figurarse tu muger.

— Aunque no se lo figure !

— Ni con tu muger ni con ella, tienes que darte ya por entendido Pasaron las juveniles aventuras. Si te he visto no me acuerdo.

— Eres un torpe ; exclamó Eduardo, haciendo un jesto que Luis comprendió en el acto.

— Ah! respondió Luis, con otro gesto interrogativo y semejante al de su amigo.

— No es posible saberlo á ciencia cierta, dijo Eduardo, pero puede suceder, y luego. . . .

— Luego, no hay mas que despachar á esa gente de la *Estancia*, y quedar libre de pleitos. —

— Imposible! Es la familia de un antiguo servidor de mi padre. Es la viuda y la hija de un patriota.

— Esas tenemos! Pues si es la *familia de un antiguo servidor de tu padre, y la viuda y la hija de un patriota*, porqué te fijaste en ella para buscar tus amorosos pasatiempos?

— No es este el momento de los reproches, dijo Eduardo profundamente contrariado.

— No hablan por mi boca los reproches; habla si la lógica. Si no te detuviste en nada para deshorrar á esa familia, menos debes detenerte ahora, para echarla á rodar por otros mundos. . . .

— No digas esas cosas; son locuras; ¿cómo arrojar en la miseria á esa familia?

— Eres rico, despáchala con un buen puñado de oro.

— Ah! por Dios, exclamó Eduardo, estás amontonando torpeza sobre torpeza en tu conversacion de cínico. ¿No comprendes que esa es una familia honrada y que es necesario *tapar*, si, *tapar* la desgracia de Maria Angélica?

— Soberbio, replicó Luis, soltando una carcajada estrepitosa, y marcando con fuerza cada una de sus palabras subsiguientes; la desgracia de Maria Angélica *se tapa* de una manera muy sencilla; en semejantes materias no cabe la restitucion *in integrum*; cástate con ella, y buen provecho. . . . Hemos concluido!

— Nadie piensa en eso, contestó Eduardo cada vez mas visiblemente contrariado; ven á mi lado, siéntate y escucha.

Luis obedeció á su amigo, tomando sobre su asiento una actitud despreciativa, y Eduardo prosiguió con cierto acento de repugnancia invencible.

— Hay por esta vecindad un gaucho, titulado capitán, que se ha acogido bajo el indulto del Gobierno; gaucho valiente y altanero, pero de buena comportacion, segun lo dicen todos. Se llama el capitán

Miguel, y ha concebido una sincera pasion por Maria Angélica. . . .

— Ah! tenias un rival.

Bien puede el favorecido
ser generoso cual vos!

— Maria Angélica, no está, pues, desamparada ni perdida; todavia puede ser feliz con el capitán Miguel.

Eduardo hablaba con dificultad; Luis lo examinó de arriba abajo, y exclamó en seguida palmeándole en el hombro:

— Es cierto; puede ser feliz con el capitán Miguel, y sobre todo, el capitán Miguel puede ser felicísimo con ella!

— Entre esa clase de jente. murmuró Eduardo inclinándose hácia el suelo su cabeza.

— Y tambien tienes razon, contestó Luis en tono de haber tomado una resolucion definitiva; desde que ese pobre diablo ignore tus asuntos con la niña, se dará por muy satisfecho con la boda. Arregla el casamiento de esta, y vamos á Montevideo para ocuparnos del casamiento de la otra. Está será tu obra; aquella será la mia!

— Precisamente sobre eso necesitaba consultarte. Esta mañana vino á mi presencia el capataz. . . . el marido de la madre de Maria Angélica, diciendo que el capitán Miguel estaba decidido á casarse con su hijastra y que no lo hacia por la falta absoluta de recursos.

— Sublime coincidencia! exclamó Luis.

— D. Félix me pidió en seguida que emplease al Capitán aquí en la *Estancia* y agregó que entonces podria realizarse inmediatamente el matrimonio

— Ingenioso hidalgo! exclamó Luis de nuevo.

— Ahora bien, continuó Eduardo — D. Félix está exesivamente viejo; voy á jubilarlo, y el Capitán Miguel quedará de capataz de la *Estancia*.

— Soberbia idea, dijo Luis con efusion; así la tendrás á mano para reanudar de cuando en cuando los antiguos vínculos de amor.

— Ah! exclamó Eduardo vivamente, ¿porqué suponerme capaz de tal infamia?

— Tienes razon, replicó instantáneamente Luis; nadie puede sospechar que seas capaz de cometer una deslealtad con ese Capitán Miguel! Eduardo comprendió la ironia y contestó:

— En cuanto me es posible quiero reparar una falta, y satisfacer una pasión : mira ! D. Feliz fué á buscar al Capitan ; á la tardé debe encontrarse aqui : tú verás como acepta con alegría mi generosa oferta — De cierto que la dificultad no estará en él !

— ¿ En quién va á estar, entonces ?

— En ella !

— ¿ En Maria Angélica ?

— En Maria Angélica !

— Bah ! dijo Luis, poniéndose de pié con desenfado ; ya has caido en la vulgaridad de creer que esa muchacha está platónicamente enamorada, que no te podrá olvidar, que no podrá querer á otro hombre. Por mi parte, me inclino mas bien á creer que no comprenden por acá sino la union fortuita de los irracionales !

— Sin embargo, sin embargo, murmuró Eduardo revolviéndose en su asiento.

— Vamos ! tú tienes miedo de hablarla ! Yo te serviré de embajador. Ya verás como acepta saltando, que el capitan Miguel le dé lo que tú nunca podrias darle. Al fin y al cabo, se trata de una permuta y nada mas ; arreglaré el contrato en toda forma.

— No, respondió Eduardo ; no ; hay ciertas cosas que no puedo explicarte ahora ; yo mismo hablaré con Maria Angélica ; lograré vencerla, persuadirla. Mucho necesito hablar con ella. No te injieras tú en nada de esto. Voy á preguntarle donde podré encontrarla sola. Espérame un instante.

— Eres mayor de edad, dijo Luis encojiéndose de hombros, y se puso á examinar una escopeta que estaba en un rincon del comedor, mientras Eduardo salia al patio en busca de la hermosa Maria Angélica.

VIII.

Estaba allí la niña en uno de sus quehaceres habituales, alegre y lozana como una flor bañada por el rocío en la mañana. Sus ojos se movian con viveza estraña ; respiraba su pecho con palpitaciones expansivas ; parecía que desbordaba en sus labios la sonrisa como el licor espumante en una copa.

Al apercibirse de que Eduardo se dirijia hácia ella, Maria Angélica sintió un estremecimiento nervioso recorrer todo su cuerpo, y con la mas acendrada espresion de gratitud, hizo un movimiento involuntario cómo para echarse en brazos ó á los piés de su querido.

Eduardo cabizbajo y con las manos en los bolsillos de su pantalon, sin fijarse en la actitud de Maria Angélica, le dijo con sequedad y en voz baja :

— Necesito hablarte

— Si ? exclamó la niña alborozada.

— Necesito hablarte mucho rato. ¿ Donde será mejor ?

— Donde Vd. quiera ; aqui no mas, ó en mi cuarto.

— Estás loca, dijo Eduardo con disjusto ; necesito hablarte á solas.

— A que necesitamos estar solos para eso ? replicó la niña con aplomo encantadoramente infantil.

— Digo que quiero hablarte á solas, donde no pueda interrumpirnos nadie, con mas secreto que nunca entiendes ?

Eduardo pronunció estas palabras duramente ; Maria Angélica lo miró toda confusa y respondió.

— Dentro de un momento voy para el arroyo allí, si quiere . . .

— Eso es, en el arroyo ; vé sin falta, dijo satisfecho Eduardo.

— Lo espero, ! murmuró Maria Angélica, volviendo de su turbacion.

Eduardo miró fijamente á Maria Angélica, y se dió vuelta llevando su convulsa mano al rostro.

Con impaciencia lo esperaba Luis, paseándose en el comedor á largos pasos.

— Está todo arreglado, dijo Eduardo entrando ; nos veremos en el monte donde ella acostumbra ir á lavar ; allí fueron nuestras primeras citas !

— *Nessum mággior dolore*, dirá dentro de poco la doncella, exclamó Luis con su aire de habitual pedanteria.

— Tú me acompañarás hasta el arroyo ; prosiguió Eduardo gravemente ; llevaremos una escopeta y haremos creer que vamos á una partida de caza ; entraremos en el monte, lejos del lavadero de Maria Angélica ; tú te quedarás allí, y yo iré por un sendero oculto.

— Novelezco es el programa, á la verdad, querido amigo.

— Nuestros viejos ardides amorosos, dijo Eduardo, afectando una completa indiferencia.

— Comprendo, dijo Luis inclinando reverentemente la cabeza; pero observo que no me haces desempeñar un rol muy divertido, porque mientras tú, á título de despedida eterna, le darás *el último beso de la vida* á Maria Angélica, yo sin duda me quedaré con los caballos haciendo de palafrenero!

— Te pondrás á cazar alguna pava.

— Gracias! soy hombre muy pacífico.

— Entonces, te daré un aparejo de pescar.

— Gracias también! no soy tan tonto.

— Pues dormirás la siesta entonces!

— No! tengo una idea mejor que proponerte. Escucha; te acompañaré hasta el mismo sitio en donde se encuentra Maria Angélica, por el misterioso sendero de que habla; allí me oculto entre los árboles, . . . ya puedes adivinar el resto.

— No lo adivino, contestó Eduardo con gravedad displicente.

— Pues es claro, dijo Luis retorciéndose el bigote; luego que tú hayas acabado tus negocios, te apartas de Maria Angélica, y yo entro entonces á reforzar tus argumentaciones elocuentes.

Eduardo se rió forzosamente y respondió:

— Déjemosnos de bromas; voy á ver si nos dan pronto de almorzar, y mientras tanto hago ensillar nuestros caballos.

Una hora despues los dos amigos salian en direccion opuesta del arroyo hasta ponerse fuera de la vista de la *Estancia*, y haciendo allí la convenida conversion hácia el arroyo.

En el camino, Eduardo, pidió mil esplicaciones é hizo mil preguntas sobre las coqueterias de Adela, sobre el estado de los amores con Eugenio, sobre la probabilidad de una reconquista en regla.

Luis satisfacía al jóven enamorado con cariño, hiriendo su vanidad y halagando su esperanza á cada paso. En el curso de esta conversacion, llegaron los amigos hasta el bosque; entraron por el ancho camino que ya tuvimos ocasion de conocer, y se apearon bajo la sombra de un frondoso coronilla.

— Ya estamos, dijo Eduardo, aqui me esperas; acaso tarde un poco; es largo el difícil camino.

— Me resigno á todo; dormiré la siesta, dijo Luis sentándose con indolencia sobre un tronco.

— Adios!

— Qué seas feliz en tu empresa! gritó Luis.

— Muchas gracias, contestó Eduardo desde léjos.

Al verlo perderse entre los árboles, Luis murmuró con espresion diabólica.

— Vé á descargar sobre cabeza ajena, lo que no tardará en caer sobre la tuya!

(Continuad.)

La semana política

Manifestacion del martes — Nobles palabras del General Osorio — Estado de las negociaciones de paz — Los Comisionados del Gobierno — El Dr. Ellauri — El Senador Gomenzoro — D. Juan Miguel Martinez — Inevitable fracaso de la mision Osorio — Lo que vendrá despues.

No puede ponerse en duda que el General Osorio ha sido recibido con verdadero júbilo por toda la poblacion neutral, asi como por todos los partidarios que no especulan con la guerra ó con el predominio de su partido político.

Desaparecieron los recelos, ante la seductora idea de la paz; nadie ha visto en el General Osorio sino al amigo leal que busca la reconciliacion de sus amigos.

Todos los hombres de honor y de templanza, lo acompañan con sus simpatias, y piensan que con *dejarlo hacer* será llenado el gran desideratum del pais.

¿A qué provocar manifestaciones ruidosas, si la opinion pública ya se ha manifestado tantas veces?

— ¿Porqué dar lugar á que las manifestaciones del pueblo sean contrarrestadas por los enemigos de la paz, con las manifestaciones de los mil quinientos *enganchados*?

Estas consideraciones han influido, sin duda, para que la venida del General Osorio no haya sido saludada con un acto público donde veinte mil personas hubieran podido ir á deponer el pacífico voto del pais.

Sin embargo, en la noche del martes, se improvisó con lamentable ligereza una manifestación del momento, y algunos centenares de personas acudieron con espontaneidad á la cita.

Por nuestra parte, no tuvimos conocimiento de la reunión sino cuando se encontraba en casa del General Osorio, cuando algunos amigos, blancos y colorados, tuvieron la bondad de venir á pedirnos que fuésemos á tomar la palabra en aquel acto.

Venciendo grandes resistencias personales, accedimos á ese pedido, é interpretamos los sentimientos de la reunión, diciendo al General Osorio que si conseguía realizar la paz, la historia guardaría su nombre como el de uno de nuestros grandes bienhechores, y que si se malograban sus esfuerzos, todos los corazones honrados conservarían su recuerdo, como el de uno de nuestros mejores amigos.

El General Osorio, si no nos es infiel nuestra memoria, contestó que era un soldado y que faltaba la elocuencia á su palabra, pero que en el fondo de su corazón agradecía sinceramente aquella espontánea demostración de simpatía :

Que desde el momento en que había pisado un palmo de territorio oriental, solo había escuchado palabras de reconciliación, de reconstrucción y de reformas legales :

Que confiando en el patriotismo del Gobierno, en la ilustración de los hombres que se encuentran al frente de la prensa, en la generosa intervención del alto comercio y de toda la población neutral, abrigaba fundadas esperanzas de que no se alejaría de nosotros sin dejar establecido el régimen de paz que hará realizar su gran destino á la región más hermosa de la América.

Con agradecimiento recogimos esas palabras halagüeñas, y las consignamos ahora con tristeza, porque desgraciadamente los hechos no han venido á confirmar esa esperanza.

Todo responde á la noble iniciativa del General Osorio — mas ó menos, todo — todo, excepto el *patriotismo del Gobierno*.

Así lo prueba á la evidencia el estado en que se encuentran las negociaciones.

Ha pasado una semana y no se resuelve el Gobierno á cambiar una sola palabra con los enemigos que le piden un arreglo.

No le basta que el General Osorio asegure la resignación del partido

blanco á respetar las autoridades constituidas ; necesita que el General Osorio afirme por escrito y sin intervención de circunloquios, que el partido blanco *se somete*, que se entrega, que se humilla.

El Gobierno solo quiere nombrar comisionados para arreglar la forma en que ha de tener lugar la rendición, comisionados para presidir la ceremonia de las horcas caudinas levantadas para el partido que sucumbe.

Este es el espíritu de la nota que el Gobierno ha dirigido al General Osorio y que por el momento entorpece todas las negociaciones.

¿ Cómo puede el General Osorio responder á tan exajeradas é irritantes pretensiones ?

¿ Va á dejar estampada con anticipación la palinodia de uno de los partidos por cuya reconciliación interviene ?

¿Cuál sería entonces el encargo de los comisionados de paz ?

Si el Gobierno persiste en exigir esa declaración del General Osorio, antes de conceder el armisticio, la tentativa de paz fracasará sin que se haya cambiado una palabra entre los bandos.

Por lo demás, desde el momento en que se hizo pública la elección de los comisionados del Gobierno, ya se ha debido comprender que la tentativa de paz fracasaría aunque llegasen á abrirse las negociaciones pacíficas.

Nombrando al Dr. Ellauri y al Senador Gomenzoro, el Gobierno ha puesto en transparencia que no quiere la paz á ningún precio, que quiere la guerra á todo trance.

Esta apreciación, no puede ofender en nada á esos señores ; tienen ellos sus opiniones propias como nosotros las nuestras y como el país las suyas ; enemigos de la paz, no harán nada por la paz ; partidarios de la guerra, harán todo lo posible por continuar la guerra.

Todos conocen al Dr. Ellauri como uno de los abogados más distinguidos del foro de la República ; tiene todos los brillantes atributos que caracterizan al abogado superior ; pero también, todos los defectos lamentables que acompañan al tipo común del abogado.

Es una cosa sabida, que en la generalidad de los espíritus, el estudio del derecho mata el sentimiento del derecho, como es una cosa averiguada que las usurpaciones y las inmoralidades del mundo no han tenido nunca defensores tan hábiles como los lejístas.

El conocimiento estremo de los detalles de la ley escrita y el excesivo

apego á los resortes de la aplicacion de la ley, ahoga muy á menudo las grandes inspiraciones de la mente, y las grandes palpitations de corazon humano.

Cuando se sabe de memoria las leyes de Partidas y las Recopiladas, fácil es que no haya lugar para la declaracion de los derechos del hombre ó para los principios de la soberania del pueblo.

Libertad — igualdad — fraternidad — legitimidad política — regeneracion social — palabras huecas y lijeras que no se encuentran nunca en las *Pandectas* ni en el *Fuero Juzgo*.

Así, cuando llega el caso de afiliarse en un partido, no es bajo la influencia de generosos y elevados propósitos, sino bajo un mezquino y estrechísimo criterio que se forman las convicciones políticas.

Como en el derecho no se vé mas que la forma, en el partido no se vé mas que á las personas, y los conflictos llegan á confundirse con los pleitos.

Beati possidentes!

Los colorados tienen la posesion; luego poco les importa la duracion del pleito; no hay transaccion posible, si los blancos *ab eternum* no renuncian al derecho sobre la cosa poseida!

En estas condiciones, el Dr. Ellauri, apesar de la inteligencia y de la honorabilidad que se le reconocen comunmente, es, entre todos los hombres ilustrados, el menos apropiado para una negociacion de paz.

Bajo este aspecto, poco le aventaja el Senador Gomenzoro, hombre honrado y de convicciones sinceras, pero imbuido en todas las preocupaciones de partido é incrustado como pieza principal en la gastada armazon de los actuales Poderes.

Como colorado, procederá con todas las exageraciones de la pasion política, y como Presidente del Senado, con toda la inexorable rigidez de la suprema autoridad que cree investir.

Al Dr. Ellauri y al Senador Gomenzoro, se agrega para formar la Comision el respetable ciudadano D. Juan Miguel Martinez.

Hombre de moderacion y de cordura, seria excelente para una negociacion de paz, si en vez de tener que escollar ante la gravedad del Senador Gomenzoro y ante la locuacidad del Doctor Ellauri, se viese acompañado por otros hombres de su especie.

Conciliador y transigente por carácter, querrá conciliar sus ideás con las ideas de sus cólegas, y transigirá con las opiniones de la mayoria.

Con esos comisionados de paz, toda clase de paz es imposible.

Ni la paz de los intereses personales, ni la paz de los intereses públicos.

Van á romperse las negociaciones en la primer conferencia de paz que se celebre.

Aun suponiendo que los blancos estén dispuestos á entregarse, sus comisionados han de empezar diciendo que vienen á tratar de la reconciliacion de la familia oriental, etc. etc. y es mas que probable que el Dr. Ellauri les conteste, que él no vá á tratar de reconciliacion alguna porque la fusion es inmoral, porque la union es imposible, y porque lo que el partido colorado exige es el sometimiento liso y llano etc. etc.

Con este golpe teatral, se dá por terminada la mision Osorio, y sin pensarlo ni quererlo, el Dr. Ellauri se gana la futura presidencia del Estado!

Continuará la guerra; continuará la guerra civil que por la guerra civil no tiene término.

Algunos piensan que al fracaso de las negociaciones, el Ejército del partido blanco se disuelve y la guerra no dura ni dos meses — siempre los dos meses!

¿Nada nos enseña la esperiencia?

¿No sabemos que unos centenares de jinetes bastan para eternizar la lucha?

¿No sabemos que faltan gefes y elementos al Gobierno para dirigir con acierto una campaña?

A la ruptura de las hostilidades, todo lo que sucederá es que las pasiones se recrudezcan sin medida, que los desórdenes y las violencias se multipliquen incalculablemente; que faltando recursos á unos y á otros combatientes, los blancos harán la guerra con la propiedad de los colorados, y los colorados con la propiedad de los blancos.

¿Y ninguna otra calamidad vendrá con la ruptura de las hostilidades?

¿El fracaso de la mision Osorio no traerá la intervencion brasilera que trajo en 1864 el fracaso de la mision Saraiva?

Valido de nuestras irreconciliables divisiones, — ¿no vendrá el Brasil á vengar de nuevo la horrible ofensa de Ituzaingo?

Hoy como ayer, concluimos esclamando:

Dios salve á la República Oriental del Uruguay!

Gotas de tinta

En este número reaparacen inesperadamente los *Palmares*, porque así nos lo han pedido muchos de nuestros suscritores, especialmente de campaña.

Hemos comprendido la necesidad de amenizar nuestra revista; ciencias y política, como nos es posible tratarlas, no bastan para mantener el interés de una publicación como la nuestra.

De hoy en adelante los *Palmares* tendrán por lo menos ocho páginas; el lector disculpará sus defectos, teniendo en cuenta que el autor se ve obligado á continuar su obra entre una conferencia de derecho constitucional y una *semana política*

Concluye hoy la traducción de nuestro amigo Varela; en reemplazo de esa lectura interesante, daremos desde el número próximo una preciosa novela con que nos ha obsequiado el literato chileno, Dr. D. Guillermo Blest Gana.

A propósito de José Pedro Varela; dentro de pocos días, reaparece, aquella *Paz tan impacífica*, que costó á sus redactores el destierro, y que murió viuda de sus jóvenes guerreros.

Felicítamos á Varela por su idea; vengan todas las inteligencias al gran palenque de la prensa; los diarios, como las escuelas nunca están de mas.

Prosperidad al colega.

También se habla de otra nueva empresa periodística.

Este es proyecto de palacio, queremos decir — del *Fuerte*, y patrocinado el Dr. D. Adolfo Rodríguez, ex-Ministro de Relaciones Exteriores y ex-embajador á varias córtes.

Como *La Tribuna* se ha resuelto á meter sus cohetes en el fuego de la oposición, el gobierno quiere tener un diario que lo defienda en regla.

Mala política por cierto; en ciertas causas, la defensa no hace mas que recrudecer el ataque.

Aprenda nuestro Gobierno del Gobierno Austriaco; dicen que el Go-

bierno austriaco prohíbe á los diarios oficiales que tengan una palabra en su favor.

Huir la discusión — he ahí la mejor defensa de las causas definitivamente perdidas ante el concepto público.

A riesgo de convertir esta sección, en sección puramente bibliográfica, cumplimos con el deber de saludar al colega del *Club Universitario*.

Es un amigo viejo; ya lo habíamos saludado de antemano.

Su prospecto está condensado en estas líneas.

« El programa del *Club Universitario* solo puede apoyarse en bases completamente generales, que abran anchas puertas al movimiento de las inteligencias, apartando empero todas aquellas manifestaciones que pudieran producir la actitud y la violencia en el debate.

En este sentido es dable resumir el pensamiento del *Club Universitario* en esa fórmula concisa:

Absoluta libertad de discusión con absoluta prescindencia de las cuestiones políticas.

Este nuevo órgano de publicidad, como sus colegas, ama y busca el choque de las ideas, de donde según la tradicional metáfora, brota siempre la luz; pero á diferencia de sus colegas, teme y por consiguiente aleja el choque de las pasiones, donde ha enseñado la experiencia á sentir la muerte de los mejores propósitos.

Campo neutral de las ciencias y las letras, el *Club Universitario* aspira á ser la expresión del pensamiento de la juventud oriental, reunida y fraternizando, sin la menor abdicación de convicciones, en la región grave y serena de las elucubraciones científicas, en los apacibles cielos de las aspiraciones del arte.»

De-Earia y Pena son los héroes del primer número. Adelante!

Y ya que hemos nombrado esa progresista asociación — anoche debe haberse celebrado en ella una conferencia sobre este tema interesante:

Si el Presidente y sus Ministros son civilmente responsables ante los tribunales ordinarios, de los perjuicios causados á los habitantes del país por abusos de la autoridad que invisten.

Probablemente la discusion seguirá el miércoles. y entonces la sesion será pública.

Bueno es que en estos tiempo de positivismo crudo, sepamos á qué atenernos sobre la responsabilidad pecuniaria de los altos funcionarios públicos.

El sábado de la semana pasada, tuvo lugar el estreno de la zarzuela del Sr. Perié — *Ganar Perdiendo*.

Todo fué pérdida en la representacion de esa zarzuela ; pérdida para el autor y pérdida para los actores.

La pièce est tombée decia un francés que salia bostezando á nuestro lado.

El aplaudido vate de la Conferencia Literaria, ha sido poco feliz en su ensayo del genero drámatico ; mas le valia haber guardado un prudentísimo silencio.

Nos aseguran que Dalmiro Costa ha pedido al Sr. D. Guillermo Blest Gana, una zarzuela en un acto que ese literato tiene escrita ya hace tiempo, para ponerla en música y hacerla representar en *Cibils*.

Conocemos la zarzuela y conocemos el talento de Dalmiro ; en caso de realizarse, desde ya garantimos un éxito completo á la representacion de — *El Pasaporte*.

Se han deslizado en este número, gran cantidad de errores tipográficas ; en obsequio especial á los *Palmares*, haremos notar los mas notables de sus páginas.

En la página 379 — donde dice: *Necesito hablarte mucho rato* — debe decir: *necesito hablarte mucho*.

En la página 380 donde dice — *por el misterioso sendero de que habla* — debe decir *por el misterioso sendero de que hablas*.

En esa misma página donde dice — *y haciendo alli la convenida conversion etc.* debe decir — *y hacer alli la convenida etc.*

En esa misma página, al final, donde dice — *es largo el difcil camino* — debe decir — *es largo y difcil el camino*.